

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 4. EN MEMORIA MÍA: LA EUCARISTÍA, LUGAR DEL RECUERDO FAMILIAR

1) INTRODUCCIÓN	1
2) EN LA EUCARISTÍA, DIOS SE ACUERDA DE NOSOTROS	2
3) “EN MEMORIA MÍA”: RECORDAR COMO JESÚS	3
4) “EN MEMORIA MÍA”: PRACTICAR LA MEMORIA	4
5) CONCRETANDO	6
6) PRÁCTICA FAMILIAR	6

1) *Introducción*

Vivimos un mundo olvidadizo. Dicen que el uso asiduo de internet activa nuestra memoria rápida, la que necesitamos, por ejemplo, para trabajar en multi-tarea. Pero, por otro lado, embota nuestra memoria profunda, la que permite asociar eventos antiguos y confiere unidad a nuestra historia entera. Vivimos, pues, en el instante veloz, como el conductor que va preocupado por girar bien en cada curva, pero desconoce su posición en el mapa.

La cosa es grave, pues esta memoria profunda nos distingue de los animales. Un animal, por ejemplo, no conserva trazas de la historia de sus padres y antepasados. Solo los hombres llevan nombres y apellidos, porque su horizonte de memoria se abre más allá de nosotros.

Sin memoria profunda no podemos saber quiénes somos, porque desconocemos nuestra propia historia. Nos pasa como al protagonista de la película *Memento*, del director Michael Nolan, que cada veinte minutos olvida todo su pasado, y lucha por escribir la trama de su vida, de modo que no se le olvide quién es y qué persigue.

Sin memoria profunda tampoco podemos amar, porque no podemos entregarnos totalmente, ni acoger totalmente al otro. En efecto, la entrega no puede ser total porque la falta de memoria nos impediría prometer. No diríamos ya: “todos los días de mi vida”, sino: “hasta que nos olvidemos el uno del otro”.

Sin memoria profunda se nos cierra también el futuro, porque se nos olvidan las semillas que hay en nuestra vida, y que están llamadas a florecer el ciento por uno. Quien recuerda es como quien mira hacia atrás al remar en una barca, que va más deprisa, al usar músculos más potentes para lanzarle adelante.



Necesitamos, por tanto, cultivar la memoria profunda: para saber quiénes somos, para aprender a amar, para trabajar con fruto. Aquí es donde entra la Eucaristía, que es lugar donde brota la memoria más honda.

Así lo dijo Jesús: “haced esto en memoria mía”. Su frase, en apariencia simple, esconde mucha riqueza. Os propongo tres lecturas diferentes que no se contradicen, sino que se enriquecen entre sí.

2) *En la Eucaristía, Dios se acuerda de nosotros*

La memoria, en el Antiguo Testamento, se aplica muchas veces a Dios, que recuerda. Pues la memoria humana es siempre muy frágil. Y la falta de memoria, en la Biblia, no es solo cuestión de neuronas débiles, sino ausencia de gratitud. Israel tiende a olvidar las obras salvadoras de Dios. Se olvida de que lo han traído a la vida, se olvida de que ha sido rescatado... Su falta de memoria revela falta de amor.

Por eso Israel, al comprender su falta, acude a Dios, que siempre recuerda. Y le pide: “vuelve a salvarme, extiende tu brazo, renueva tus prodigios”. Es decir: “recrea tu gesta que perdona y libera, para que podamos recordar de nuevo que solo Tú eres la fuente de todos nuestros bienes. Pues si tú te acuerdas continuamente de mí, yo podré cultivar mi memoria y no te seré ingrato”.

En la Última Cena, también Jesús pide a Dios que no le olvide, que siga mostrándose como el Padre que es, y le rescate de la muerte. Y por eso Jesús da gracias (Eucaristía), dando por hecho que el Padre actuará y le resucitará. Con las palabras del salmo le viene a decir al Padre: “Si tú no me hablas, soy como los que bajan a la tumba” (*Sal 28,1*). Pero si tú me hablas, si te acuerdas de que existo y de mis penas, entonces puedo ir confiado incluso a la muerte (que parece el olvido definitivo) porque tú sigues velando y me despertarás incluso de ese sueño final.

“Haced esto en memoria mía”. A la luz de este recuerdo de Dios, alguno ha llegado a explicar la frase de Jesús de este modo: “Haced esto para que el Padre siga recordándome, para que siga actuando en mí, resucitándome de entre los muertos y enviándome de nuevo a vosotros desde el cielo al final de los tiempos para comunicaros la vida eterna”. Sea lo que sea de esta lectura, nos interesa su grano de verdad. En la Última Cena, Jesús agradece al Padre porque siempre le escucha, porque le sigue recordando hasta la muerte.

Y si Dios se acuerda de nosotros, entendemos que nuestra memoria más profunda se ancla en Él, en una acción suya. Cada uno puede evocar su primera memoria de la infancia, normalmente unida a momentos de gran emoción. Más allá, todo es nebulosa y necesitamos el testimonio de otros para acceder a nuestro pasado. Son nuestros padres quienes tienen que contarnos que nuestra historia empieza ya el día en que ellos se casaron, e incluso mucho antes...

¿Y si seguimos ahondando? San Agustín decía que llegaríamos a la memoria de Dios. Es la memoria de sus dedos que han plasmado nuestro cuerpo en el seno materno. Y es la memoria del deseo más hondo, que nos mueve en todo lo que hacemos, un deseo que Dios ha plantado en nuestro corazón: “nos hiciste Señor hacia Ti” (*Confesiones I 1*).

¿Y la Eucaristía? Nos ayuda a recordar la acción de Dios en nuestra vida: todo ha empezado con el amor primero de Dios hacia nosotros, y todo ha

recomenzado con el rescate que ha traído Jesucristo. Allí está la fuente de donde empezaron todos nuestros deseos, plantados por el Padre. Se ha dicho, en la tradición cristiana: “recuerda que has de morir”, es decir, recuerda tu destino de eternidad, y esto te ayudará a vivir. Pero además hay que añadir: “recuerda que has nacido”, es decir, recuerda el don originario que te dio la vida y que sigue manando para que desde él puedas generar novedad.

Hemos dicho que con la memoria llegamos hasta los actos primigenios de Dios, hasta sus promesas más hondas. Ahora bien, esto implica que la memoria no solo mira hacia el pasado, porque las promesas de Dios se refieren al futuro. Por eso se ha dicho que existe una “memoria del futuro” (Encíclica *Lumen Fidei*, 9). Recordar no es nostálgico, porque la memoria nos lleva a la promesa que nos lanza hacia el futuro y nos da esperanza. Y esto también nos permite decir: *yo soy fiel a mi futuro*, es decir, soy fiel al futuro que está en mí desde el principio, soy fiel a las semillas que me fueron confiadas y que llevan dentro un fruto enorme.

Sabemos que no tiene sentido decir que el domingo no tenemos tiempo para ir a Misa. Y es que en la Eucaristía no se pierde tiempo, sino que se gana tiempo. Esta paradoja se entiende si vemos la Eucaristía como lugar que custodia nuestros recuerdos y los ahonda. Pues cuando perdemos memoria, nuestro tiempo se reduce, y nos vemos enclaustrados en el presente, sin horizontes. Y al revés, ganar memoria es siempre ganar tiempo, hacer que nuestro tiempo se ensanche, como se ensancha la mirada de quien mira el mundo desde una alta montaña. Pues quien tiene memoria sabe de dónde viene y hacia dónde apunta su historia. La Eucaristía es una inyección de memoria nueva y honda, que llega hasta el manantial originario de la vida.

Vayamos, pues, a la Eucaristía, pidiendo a Dios que se acuerde de nosotros, que renueve sus dones, para que siempre le recordemos y, de este modo, podamos caminar hacia Él, que colma y supera todo deseo.

3) “En memoria mía”: recordar como Jesús

“Haced esto en memoria mía” puede interpretarse también de otro modo. Jesús nos dice: “haced esto entrando en la memoria mía”. Es decir, recordando igual que yo recuerdo, recordando conmigo. La Eucaristía nos mete en la memoria de Jesús.

¿Por qué es necesario esto? Resulta que recordar no es fácil. Pues hay que ejercitar los músculos del recuerdo, como aquel que, según decíamos, rema mirando hacia atrás. Uno podría recordar solo las cosas malas, y albergar resentimiento. O no reconocer los dones y olvidarlos. O recordar solo lo que es suyo, sin recordar aquello que le une a otros... Son vicios de la memoria, contra los que hace falta cultivar el arte de la memoria. Para ello hace falta pureza de corazón, pues el corazón es el lugar del recuerdo. Y así, en varias lenguas, “aprender de memoria” se dice: “aprender de corazón”.

Una forma de aprender a recordar es entrar en la memoria de otros, participar de una memoria buena. Pero, ¿es esto posible? Se habla hoy de una “memoria colectiva”. Es, en el fondo, una idea bíblica. No recordamos solos, sino con otros. Por eso muchas veces, al juntarnos con viejos amigos, se despiertan

recuerdos que estaban dormidos. Conversar juntos sobre los grandes bienes que nos unen es una forma de cultivar la memoria.

Pues bien, la Eucaristía es el lugar donde participamos juntos en el origen de nuestra vida, en la gran memoria de la creación y de la redención. Por eso leemos juntos las lecturas bíblicas, donde está la historia de Israel, de Jesús, de los Apóstoles. Y al oír las lecturas sabemos: “a mí me ha pasado eso, a nosotros nos ha pasado eso, y nos sigue pasando”. La Eucaristía es la nueva familia de Jesús, donde renovamos el recuerdo de nuestra alianza común con Dios y de la vida recibida de Él.

¿Qué mejor, entonces, que escoger a Jesús como maestro de memoria? Esto es lo que sucede en la Eucaristía: Jesús nos ofrece entrar en su recuerdo para recordar como Él. Pues su memoria guardaba todos los dones de Dios, y conocía la fecundidad de esos dones. Su memoria le permitía incluso descubrir el origen de cada persona en Dios, y como Dios le había confiado a cada persona. Por eso llamaba a sus Discípulos: “los que el Padre me ha dado”. ¿Pueden los esposos llamarse también así el uno al otro? ¿Pueden los padres, los hijos, los hermanos?

A la luz de la Eucaristía entendemos que también la familia es lugar del recuerdo común. Pues marido y mujer tienen una misma historia y se ayudan mutuamente a recordar. En la familia, de hecho, todo se sostiene sobre el recuerdo de la promesa esponsal, que es a la vez un don de Dios. A veces el marido o la mujer dicen recordar cosas de su cónyuge que sucedieron antes de que se conocieran. Y no es un engaño. Ocurre que se han identificado tanto con el otro (pues son una sola carne), que de algún modo comparten ya todo su pasado. Y ni siquiera el pasado que vivieron por separado es ya un pasado individual, pues forma parte de un destino común.

Propio del matrimonio es, en realidad, compartir la memoria de la misma creación. Es lo que sucede en el acto conyugal, según san Juan Pablo II, cuando el hombre y la mujer se unen en el lugar donde ellos mismos fueron generados, y se hacen así capaces de transmitir la vida. Unirse en la Eucaristía es similar: nos unimos en el lugar de nuestra memoria originaria, para desde allí transmitir la vida de Cristo a todos los hombres.

4) “En memoria mía”: practicar la memoria

Finalmente, “en memoria mía” quiere decir también lo que nos resulta más obvio: celebrar la Eucaristía recordando a Jesús y lo que Él hizo por nosotros.

Todo el cristianismo consiste en el recuerdo de Jesús. Y recordamos a Jesús no como alguien que ya ha pasado, sino como aquel que, al haber resucitado, sigue vivo en la historia. Por eso con el paso del tiempo su memoria no se aleja, como la de los muertos en el sepulcro, sino que sigue mandando en nuestro tiempo.

En efecto, con este mandato Jesús está diciendo a sus Discípulos que la Última Cena no es un acto pasajero, sino que pervivirá y acompañará sus días. La Biblia veía la memoria no solo como almacén de fotografías muertas, sino como contacto con el manantial que nos sigue propulsando. Al festejar la Pascua Israel entendía que cada generación es como la generación que salió de Egipto. Celebrar la Eucaristía es recordar ese manantial que no está solo en el origen, pues pulsa a cada momento en nuestra corriente sanguínea y la hace circular.



Jorge Manrique dice en sus Coplas a la muerte de su padre: “Pues si vemos lo presente, / cómo en un punto se es ido / y acabado, / si juzgamos sabiamente, / daremos lo no venido / por pasado...” Uno podría pensar que el poeta nos dice: ya que vemos que todo pasa, aceptemos también que el futuro va a pasar, y vivamos como si no hubiera futuro. Pero esto sería más bien desesperanzado. ¿No hay otra forma de leer sus versos? Creo que sí.

Juzgar algo como ya pasado significa entender que lo que nos sucederá va a quedar en nuestra memoria. Estando en la memoria podremos seguir accediendo a ello, podremos seguir gustándolo y nos seguirá dando vida, como cuando un alimento nos nutre en el estómago tras haberlo tragado. La vida pasa demasiado rápido para agradecerla bien, y la memoria se nos ha dado para que la gratitud se expanda. A esta luz, “juzgar lo no venido por pasado” es saber que todo el tiempo va a quedar en la memoria, y vivirlo como un tesoro que luego hay que saborear. El tiempo no es fugaz, sino que lo que en él hacemos nos constituye, permanece en la memoria, y por eso es tan decisivo vivir bien cada momento, prestarle atención, entregarnos en él. Lo sabía aquel niño que se sentaba al lado de su abuelo, le miraba, le escuchaba y definía así su acción: “fabrico recuerdos”.

Es importante ver que en el mandato de Jesús la memoria se une a una práctica: “haced esto”. *Para recordar, es preciso obrar, es preciso practicar.* La práctica de la fe no es solo una cuestión de forma vacía. El cristiano practicante es un cristiano memorioso; el cristiano no practicante es un cristiano olvidadizo.

Y es que no se recuerda solo con la mente, sino con el cuerpo y con las obras. Cuando uno aprende a montar en bicicleta, la memoria queda inscrita sus brazos y pies, y por eso no se olvida fácilmente.

¿Qué prácticas tenemos para fomentar el recuerdo? Y no un recuerdo nostálgico, sino el recuerdo de nuestra llamada, de nuestra vocación y, por tanto, de nuestro futuro. Y tampoco un recuerdo solitario, sino el recuerdo que nos acomuna porque nos liga a un origen común. Desde lo dicho, podemos pensar algunas de estas prácticas:

- Están las celebraciones de aniversarios, como el cumpleaños, el aniversario del bautismo o del matrimonio, también de la muerte de alguien querido. Pueden ser también aniversarios del comienzo de una amistad, de una obra común, de otros dones que compartimos. Igual que la Eucaristía hace presente la entrega de Jesús, así los aniversarios pueden ponernos en contacto de nuevo con el don originario, pueden renovarlo, pueden hacerlo brotar. Celebramos los aniversarios, no solo por conservar lo pasado, sino para que puedan ser fecundas sus semillas.

- Al final del día está el *memorare*, un momento en que se aprende a recordar la vida con Dios. Repasemos sus tres miradas: *hacia Dios*, que se ha acordado de nosotros en este día, y se lo agradecemos; *hacia el pasado*, para ver cómo hemos respondido a este recuerdo de Dios, reconociendo sus dones y respondiendo a ellos; *hacia el futuro*, entendiendo la semilla fecunda que hay en los dones recibidos hoy, especialmente en las personas que se nos confiaron.

- Otra práctica consiste en vivir la Eucaristía desde la memoria. Se empieza evocando el nombre de Dios con la señal de la cruz. El nombre, en la Biblia, es una forma de referirse a la historia de una persona, recordándola. Al empezar la Misa



recordamos a Dios y todo lo que ha hecho en nuestro favor, sobre todo la entrega en la Cruz del Hijo, desde el Padre, en el Espíritu. Enseguida pasamos a recordar los pecados y a pedir perdón, pues sabemos que el don de Dios es más hondo que todo mal cometido. Se entra luego en la memoria común del Pueblo de Dios con las lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento. Recordamos por fin la muerte y resurrección de Cristo. Este es un recuerdo que está grabado en nuestro cuerpo, pues en el bautismo ya nos zambullimos en esta muerte y resurrección.

5) Concretando

1) Comenta la crisis de la memoria profunda y sus causas en el mundo que vivimos.

2) Si Dios se acuerda de nosotros, ¿cómo la Eucaristía dilata nuestro tiempo?

3) ¿De qué modo la Eucaristía es una escuela para nuestro recuerdo conyugal y familiar?

4) ¿Cómo puede ayudarnos a recordar la celebración de la Eucaristía? ¿Cómo ejercitar la memoria en nuestra vida familiar?

6) Práctica familiar

- reavivar el *memorare*, con sus tres miradas, uniéndolo a la Eucaristía en nuestra vida.

- nuestra casa es lugar de recuerdos, pues está llena de símbolos que evocan la historia de la fe y de la familia: ¿cómo decoramos la casa para que sea, como la Eucaristía, un lugar que nos permita recordar y honrar los grandes dones de cada uno y de la familia?